

algunas líneas que habia entregado á Colon para que se las diera á su hijo.

«Mi corazon me dice que voy á morir, habia escrito la jóven; te espero en el cielo.»

Colon guardó aquel papel, porque comprendió que si llegaba á manos de su hijo, el exceso del dolor le mataria tambien.

Sus consuelos y su ejemplo mitigaron su pena.

Lupercio Santangel abrazó la carrera de las armas con el deseo de perecer en la primera accion.

Doña Catalina profesó en un convento.

Abandonemos á estos personajes para asistir á las luchas que los preparativos de una segunda expedicion ocasionaron á Cristóbal Colon.

## CAPITULO XXVII.

### Páginas de la historia.



Los reyes, entusiasmados con la conquista del Nuevo Mundo, deseaban á toda costa que volviese Colon para aumentar el territorio descubierto, y con el objeto de que los preparativos se hicieran pronto y bien, se encargó de la superintendencia de los asuntos relativos á la expedicion á don Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, que fué despues obispo de Badajoz, Palencia, Búrgos y por último el primer Patriarca de las Indias.

Nombróse ademas tesorero á Francisco Pinelo, y contador á Juan de Soria.

Establecióse aquella superintendencia, que fué el origen del Consejo de Indias, en la ciudad de Sevilla, y al mismo tiempo se creó en Cádiz una aduana para aquel nuevo ramo de la navegacion.

Al mismo tiempo se dictaron las órdenes más severas para que los productos no pudieran aprovecharse de los beneficios del descubrimiento.

Se prohibió traficar ó fundar establecimiento alguno en las Indias sin licencia expresa de los soberanos, de Colon ó de Fonseca.

Se dió la orden terminante de que se preparasen para formar parte de la escuadra que debia ir al Nuevo Mundo to-

dos los buques de los puertos de Andalucía con sus capitanes, pilotos y tripulación.

Colon y Fonseca fueron autorizados para facilitar las embarcaciones que creyesen necesarias y hasta para apoderarse de ellas si sus dueños no querían venderlas, abonándole, en cambio, su valor tasado por peritos.

Era tan absoluta y tan terminante esta medida, que se disponía que si alguna persona había fletado algún buque, y aquel buque se necesitaba para la expedición, tenían derecho el superintendente y el almirante para anular el contrato y emplear el buque.

Podían asimismo tomar ciertas provisiones y municiones en los almacenes, tiendas ó buques en donde se hallasen, si las necesitaban.

También tenían derecho para disponer de cualquier empleado y hacerle embarcar con solo que lo juzgasen útil.

Las autoridades de todas clases recibieron órdenes de los reyes mandándoles que prestasen toda clase de auxilios á la escuadra, amenazándoles con la pérdida del empleo y la confiscación de sus bienes si no vencían las dificultades que se opusieran á la expedición.

Se trató, como era natural, de los recursos que debían emplearse en el nuevo viaje, y se resolvió que Pinelo dispusiera de las dos terceras partes de los diezmos que se pagaban á la Corona, y el importe de las joyas y de las propiedades de los judíos que habían sido expulsados poco ántes de España.

También se autorizó al contador para que tomara préstamos si los necesitaba, y se acopiaron en gran cantidad comestibles, pólvora, arcabuces, coseletes, arcos y flechas.

Todas las municiones de guerra que habían sobrado des-

pues de la conquista de Granada, se destinaron á buques de la escuadra.

El 22 de Mayo estaba ya constituida la superintendencia, y todos trabajaban con una actividad maravillosa.

Así como al tratar de su primera expedición había sido muy difícil hallar gente que quisiese arrostrar los peligros de aquel viaje á lo desconocido, entonces el prestigio del descubridor del Nuevo-Mundo era tan grande, que no había ciudad ni pueblo en donde no hubiese muchas personas que acarienciasen la idea de formar parte de la nueva expedición.

Como uno de los pensamientos más importantes de los reyes y de Colon era convertir á los indios al cristianismo, se buscaron doce eclesiásticos, entre los que iba fray Fernando Bóvi, monje benedictino de grande virtud é inteligencia, pero al mismo tiempo hábil político.

El Papa le nombró su vicario apostólico en el Nuevo Mundo, y le hizo jefe de los demas eclesiásticos.

La reina dispuso que de su propia capilla se tomasen los vasos y ornamentos que deberían usar en las festividades más solemnes en el Nuevo Mundo, y celebró con los eclesiásticos varias conferencias, encargándoles en todas ellas que instruyeran á los indios en la religión, que les trataran con benevolencia, disponiendo además que se diesen ejemplares castigos á los españoles que les hostilizaran.

Un acto solemne tuvo también lugar en Barcelona.

Los seis indios que habían llegado en compañía de Colon, fueron bautizados con gran solemnidad, sirviéndoles de padrinos el rey, la reina y el príncipe don Juan.

Se había dispuesto que aquellos indígenas volvieran á su patria, tanto para que sirvieran de intérpretes, como para que difundieran el sentimiento religioso de que se hallaban poseídos.

El príncipe don Juan tomó gran cariño á uno de ellos llamado Ilhiqui, y gracias á su intercesion se quedó en España en su servidumbre.

Colon necesitaba ir á Sevilla para dirigir los trabajos preparatorios, y al mismo tiempo para abrazar á su hijo Fernando y llevarle á la corte en donde la bondad de los reyes le habia servido para alcanzar en su favor el nombramiento de paje del príncipe don Juan.

Diego habia ofrecido solemnemente á su padre velar por su hermano y acallar el sentimiento que llenaba su corazon para poder ser digno de la gloria del autor de sus dias.

Los reyes confirmaron el contrato provisional que habian hecho con Colon en Santa Fe, concediéndole los títulos y prerogativas de almirante, virey y gobernador de todos los países que habia descubierto ó descubriera en lo sucesivo.

Se le confió el sello real, y se le autorizó para usar el nombre de los reyes al otorgar cartas, patentes y empleos.

Asimismo se le dió el derecho de nombrar un lugarteniente que le reemplazase en sus ausencias ó enfermedades, concediendo á éste, temporalmente, sus mismos poderes.

En las capitulaciones se acordó que para la provision de los empleos vacantes en el gobierno de las islas y tierra firme, presentaria Colon tres candidatos.

Pero los reyes, queriendo darle una prueba de confianza, le autorizaron desde luego para nombrar las personas que creyese más aptas para desempeñar los empleos.

Y, por último, obtuvo el título de capitán general de la escuadra que debia darse á la vela con los más amplios poderes que se han concedido jamas.

Los soberanos tenian grandes deseos de que partiese cuanto ántes la nueva expedicion, porque la conducta que observaba con ellos el rey de Portugal, les hacia temer complicaciones que querian á toda costa evitar.

En efecto; mal aconsejado por sus favoritos, don Juan II preparó una gran escuadra y anunció públicamente que se proponia enviarla al Africa.

Pero su plan secreto era que fuese á apoderarse de las islas que acababa de descubrir Colon.

A fin de ocultar bien su pensamiento, envió un embajador á la corte de Castilla con el objeto de que pidiese permiso á los reyes para que sacase de España algunos objetos estancados, de gran utilidad para el viaje que su escuadra debia emprender y para que suplicase á los reyes españoles que prohibiesen á sus vasallos pescar más allá del Cabo Bogador, en tanto que no estuviesen bien fijados los límites de las posesiones de ambas Coronas.

Don Ruy de Sande, enviado del rey de Portugal, era un hábil político; pero tenia que habérselas con don Fernando el Católico, rey astuto y sagaz.

Antes de que llegase la escuadra á Barcelona, habia recibido aviso de las verdaderas intenciones del rey don Juan y habia enviado á don Lope de Herrera á Lisboa con la mision de dar las gracias á aquel soberano por la benévola hospitalidad que habia dispensado á Colon y para que prohibiese á los navegantes portugueses visitar las islas que acababan de descubrirse, del mismo modo que los reyes de España habian prohibido á sus vasallos que se acercasen á las posesiones africanas de Portugal.

Pero el mismo rey le habia encargado que ántes de comunicarse en este sentido con la corte portuguesa, averiguase de cierto si al formar la escuadra, el pensamiento de don Juan era ir al Nuevo Mundo, y en este caso le mandó que le presentase una carta prohibiéndole con severidad cualquier empresa de aquel género.

Por desgracia en aquella época no todos los consejeros del

Rey Católico eran adictos y leales á su persona, á su política y á su escuadra.

El rey don Juan tenia entre los consejeros de los reyes de Castilla y de Aragon, más que amigos, espías que le participaban cuantas determinaciones tomaban sus soberanos.

Así es que el rey de Portugal tenia ocasion de contraestor todos los golpes que iban dirigidos contra él.

Cuando esto sucedia surgian dudas en todas partes acerca de quién habia sido desleal, de quién habia dado cuenta al monarca enemigo de los asuntos que se habian tratado en el consejo atribuyéndose á la perfidia de las brujas y de los hechiceros el que se tuviese noticia en Lisboa de lo que se trataba en España.

Las intrigas son tan antiguas como la sociedad.

Y que los hombres de aquellos tiempos eran hábiles para urdir las, lo prueba la conducta que observaba el rey de Portugal.

Premiaba grandemente á sus espías, á los desleales servidores del rey, y al mismo tiempo, para apartar de ellos toda sospecha, enviaba ostensiblemente regalos á altos personajes que no formaban parte del consejo, que se hallaban separados por algunas diferencias de los reyes con el objeto de que recayesen sobre ellos todas las dudas.

Advertido como estaba don Juan II de las instrucciones que llevaba don Lope de Herrera, le recibió con tanta habilidad, con tanta cortesía, que tuvo que observar la actitud suplicante y abandonar su actitud amenazadora.

Casi al mismo tiempo que llegaba el emisario del rey de España á Lisboa, entraban en Barcelona don Pero Diaz y don Ruy de Peña, embajadores del rey de Portugal, nombrados para resolver todas las cuestiones que pudieran suscitarse acerca de los nuevos descubrimientos, y para que ase-

gurasen al rey que no se permitiera á ningun navio expedicion alguna hasta pasados sesenta dias despues de su presentacion en la corte de España.

Era necesario gran astucia, gran habilidad para no provocar una guerra entre ambas naciones.

Los dos embajadores que hemos nombrado últimamente llevaban la mision de proponer á la corona de Castilla como una transaccion, la mejor para las dos naciones rivales, la division por medio de una línea tirada desde las islas Canarias al Occidente de las tierras que se hallasen en medio y en los límites del Océano.

Todas las tierras que miran al Norte pertenecerian á la corona de Castilla.

Las del Sur á la de Portugal.

Como la cuestion principal para el rey don Fernando era ganar tiempo y detener sus negociaciones hasta que Colon hubiera salido con la gran escuadra, embrolló cuanto pudo las negociaciones diplomáticas.

Una gran embajada suya se presentó con gran solemnidad en la corte portuguesa.

Iba á dar al soberano de aquel país, en nombre de los reyes de Castilla, las mayores seguridades de su amistad, y al mismo tiempo á proponerle que todas las cuestiones que se suscitasen entre ambas cortes acerca de los descubrimientos, se sometieren al arbitraje del Sumo Pontífice.

Referir quiero aquí una frase muy célebre del rey de Portugal cuando se le presentaron con la más rigurosa etiqueta los dos nuevos embajadores.

Era uno de ellos don García de Carvajal, caballero que disfrutaba de grandes riquezas, pero cuya capacidad no era muy grande.

Don Pedro de Ayala era el otro, que tenia la desgracia de ser cojo.

Cuando se retiraron de la presencia del rey aquellos dos emisarios, don Juan II, lanzándoles una mirada desdeñosa, dijo á sus cortesanos:

—A esta embajada le faltan piés y cabeza.

La frase del monarca revelaba el despecho que sentía por que en todos los actos de don Fernando veía la intencion que les guiaba, y comprendía que su astucia era superior á la suya.

Que su despecho era grande, que sus intenciones no eran nada benévolas, que aspiraba á jugar el todo por el todo, pruébalo uno de los obsequios que hizo á los embajadores.

Al dia siguiente de su llegada mandó pasar revista á su caballería y pronunció palabras embozadamente intencionadas y un tanto belicosas.

Pero don Juan, pasados los primeros momentos, comprendió que no le convenia ponerse en lucha abierta con el rey de España, y pensó que, haciéndose partido cerca del Papa, podría tenerle á su lado, y en este caso nada le importaba someter á su arbitraje las resoluciones y las diferencias que surgiesen en las cuestiones del Nuevo Mundo.

Don Fernando se habia adelantado á don Juan.

El embajador que el rey de Portugal envió al Sumo Pontífice supo la determinacion que habia tomado el jefe de la Iglesia marcando la línea divisoria de polo á polo, razon por la cual en todas estas negociaciones la habilidad del Rey Católico venció al rey portugués, á pesar de los grandes elementos que tenia para conocer sus secretos y contrarestarlos.

Así estaban las cosas cuando Colon llegó á Sevilla.

## CAPITULO XXVIII.

### Desventuras.



ANTES de llegar á aquella hermosa capital de Andalucía, cumpliendo uno de sus más vivos deseos habia estado en Baeza.

Allí habia encontrado noticias bastante tristes.

Cuando llamó á la puerta de la antigua casa solariega de su esposa Beatriz, ocupada á la sazón por sus fieles servidores y su hijo, salió un anciano á su encuentro.

Al reconocerle, poseído de una viva emocion:

—¿No me reconocéis? dijo al ilustre marino tendiéndole los brazos.

Era Matías Sampayo.

Colon le abrazó cordialmente, y al notar que sus ojos se inundaban de lágrimas:

—¿Qué teneis? exclamó, ¿mi llegada os entristece de ese modo?

—¡Ah! no señor; no es vuestra llegada, que ya podeis imaginaros llena mi alma de alegría. Es que al veros, al tener que contaros todo lo que ha pasado desde que os separasteis de nosotros, no puedo contener las lágrimas, porque hemos sufrido mucho, porque hemos experimentado grandes desgracias.

—¿Qué decís?

—Venid, venid á este aposento, calmad un instante vuestra